



El Rostro Divino-Humanidad

«La música medieval: Expresión íntima y Divina del corazón;

Aproximaciones hacia una teología de la música»...

Por: Ricardo I. Alaniz Rosas

Con profundidad gratitud a nuestros coros parroquiales que alegran con su música y canto nuestras liturgias...

En la alegría por compartir la vida y este bello arte que nos hermana-humaniza; ¡Gracias Óscar y Kitty por su vida, tiempo y arte!, en cada nota de sus vidas se recrea la sinfonía de Dios...

Abstract: Music is one of the fine arts that accompanies our entire lives, we cannot do without it or deny its existence. That is why one of the ways in which we can appreciate it is from its great theological content that illustrious theologians and mystics have been touched by its mystery, including: Ambrose of Milan, Augustine of Hippo and from the delicacy of Hildegarda von Bingen. In addition to placing it from its scriptural foundation, as a thanksgiving for the liberation of the people of Israel, that in our liturgy this saving action is recreated and in the theme of the Apocalypse as a song of victory for new life.

Word Key: Music, Middle Ages, Singing, Rhythm, Prayer, Victory.

Resumen: La música es una de las bellas artes que acompañan toda nuestra vida, no podemos prescindir de ella o negar su existencia. Es por ello que una de las maneras en que podemos apreciarle es desde su gran contenido teológico que ilustres teólogos y místicos se han dejado tocar por su misterio, entre ellos: Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona y desde la delicadeza de Hildegarda Von Bingen. Además de ubicarle desde su fundamento escriturístico, como una acción de gracias por la liberación del pueblo de Israel, que en nuestra liturgia se recrea

esta acción salvadora y en la temática del Apocalipsis como un canto de victoria por la vida nueva.

Palabras Clave: Música, Edad Media, Canto, Ritmo, Oración, Victoria.

Cuando el hombre entra en contacto con Dios, las palabras se hacen insuficientes. Se despiertan esos ámbitos de la existencia que se convierten espontáneamente en canto. El propio ser del hombre se queda corto para lo que quiere expresar, hasta tal punto que invita a toda la creación a unirse a él en un cántico: «¡Despierta, gloria mía!, ¡despertad, cítara y arpa!, ¡despertaré a la aurora! Te daré gracias ante los pueblos, Señor; tocaré para ti ante las naciones: por tu bondad, que es más grande que los cielos; por tu fidelidad, que alcanza las nubes» (Sal 57 [56] 9-11)¹.

Con la novedad del cristianismo en el siglo I por las prédicas de San Pablo y su rápida difusión en el mundo occidental, se desarrolla un nuevo pensamiento que transforma la sociedad y despierta en ella una nueva forma de vivir y de hacer cultura, tanto que la sociedad y cultura greco-romana se cristianizan, a la luz de un Dios que no se queda en la infinidad del cosmos, sino que se manifiesta, es decir, se revela y se encarna en nuestra humanidad. Es así que la concepción griega del cosmos, que se caracterizaba por la movilidad, por la precariedad de lo real, ahora con el cristianismo encuentra estabilidad:

“La antigüedad clásica tenía los ojos en la naturaleza, mientras que, al tratar los mismos temas, los medievales los tenían en la antigüedad clásica. Buena parte de la cultura medieval en su totalidad consiste más en un comentario de la tradición cultural que en una reflexión sobre la realidad”².

¹ Cfr. RATZINGER, Joseph. “El Espíritu de la liturgia: Una Introducción”, Ed. Cristiandad, Tercera parte: capítulo II, 2001, pp. 138- 179.

² ECO, Umberto. *Arte y belleza en la estética medieval*. Traducción de Helena Lozano Miralles, Ed. Debolsillo, Barcelona, 2012, p.19.

De esta manera, es como gracias al cristianismo el hombre comienza a darse cuenta de su realidad y se ve inmersa en ella, dejando a un lado los fenómenos de la naturaleza y se comienza a ocupar por descubrir el misterio del Dios revelado en su vivir cotidiano, creando así una nueva forma de vivir en el arte, con la única finalidad de mostrarnos la auténtica belleza de la divinidad plasmada en la obra artística, como una prueba de la inspiración divina. Es importante señalar que desde un punto de vista histórico, la cristianización de la sociedad greco-romana se inició en las provincias orientales del imperio, para continuar con las occidentales; es por ello que el cristianismo se convirtió en la religión oficial del imperio a partir del siglo IV³, dominando la forma de vivir y de pensar de los hombres de aquella época, impregnándoles un fuerte deseo por lo divino y la insistencia por buscarlo, para encontrarse con un Dios omnipotente y soberano, creador y dominador de todo cuanto existe.

En lo que compete a la formación del arte cristiano, adquiere una nueva forma de entenderse y de vivirse, ya que se hace la distinción entre el cristianismo y el paganismo, excluyendo a este último del imperio por no apegarse a la religión oficial. El arte no fue la excepción, ya que no todas las artes fueron acogidas del mismo modo, en tanto que se buscaban aquellas que tuvieran afinidad con la verdad revelada y que estuvieran al servicio de la fe cristiana⁴. A partir de este fenómeno, es como se suscitan la creación de basílicas decoradas interiormente con signos que reflejan esta idea de “revelación”, inspiradas en las Sagradas Escrituras, que fueron también inspiración para la composición de himnos y cantos que acompañaban la acción litúrgica del culto cristiano. Así, pareciera que la reflexión estética y las variaciones en el modo de concebir la belleza van ligadas a la teología, que profundiza sobre la peculiaridad de la belleza del Dios revelado, que, por una parte, en continuidad con la estética pagana, muestra la belleza del cosmos y de la creación divina; por la otra, la belleza revelada por Cristo, el Dios encarnado, que procede de la viva imagen del creador que lo ha dispuesto todo con medida, número y peso, es decir, en perfecto orden.

³ Cfr. YARZA, Ignacio. *Introducción a la estética*, Ed. Eunsa, Pamplona, 2004, p. 51.

⁴ Cfr. PLAZAOLA, J. *La Iglesia y el arte*, Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001, p. 45.

La actitud del hombre ante la nueva forma de pensar y de manifestarse en el arte es de suma humildad, ya que el arte no debe ser otra cosa que un medio para honrar aquello que realmente tiene valor, para develar aquello que es causa de gozo en el arte. A raíz de esto es como en el medievo se comienza a mirar al arte como algo “revelado”, porque revela la viva imagen del creador, misma que en la expresión artística se vivifica, especialmente en el arte dedicado al culto divino, tanto en la pintura como en la música⁵.

El arte, la filosofía y la teología se ven íntimamente ligados, ya que su producción se encamina en función de lo existente, es decir, de la manifestación de lo divino en la realidad como algo verdaderamente valioso y digno de admiración. Es por ello que para el hombre del medievo el universo adquiere sentido, tiene un significado intrínseco, que es la imagen del creador. En consecuencia, la actividad artística y filosófica propia de este tiempo se enfoca a observar, contemplar y admirarse de una realidad que lo supera, que no es banausía de las manos del hombre, ya que él mismo está inmerso en la obra artística del creador, donde toma parte central de todo lo creado y solamente se limita a producir artísticamente parte de lo que el creador le ha inspirado, para manifestarse como parte de un universo bellísimo que inspira tanto al artista como al filósofo a buscar el primer principio, el origen del orden, el sumo bien, la belleza auténtica. En el arte, el hombre medieval no solo busca este deseo de lo divino, sino que al admirarse de la naturaleza accede a ese misterio, el cual percibe de forma inmediata, ligándolo a la idea de perfección entre el cielo y la tierra, lo humano con lo divino, características que en el arte se manifiestan y en el caso de la música se hacen vivenciales, como una forma sublime de penetrar en el misterio de lo divino, evocando un momento estético teofánico, donde el ser humano se admira de la belleza divina y se hace parte de ella.

Como la concepción de belleza de este periodo del pensamiento, se fundamenta en las manos del creador, la belleza es explicada a partir de categorías filosóficas clásicas, en especial del neoplatonismo, como lo hace

⁵ Cfr. YARZA, Ignacio. *Introducción a la estética*. p. 57.

Plotino, además de que se recuperan los fundamentos pitagóricos en cuanto al orden y la trascendencia hacia el mundo ideal del pensamiento platónico, elementos que en la nueva forma de suscitarse el arte se ven a simple vista estos, desde el hecho de que el hombre se admira de la naturaleza, la contempla y en la producción de su obra artística busca la perfección, como una forma visible del primer principio, causa del cosmos, de un todo bello y ordenado:

“Cuando la escolástica habla de belleza, se refiere a un atributo de dios. La metafísica de la belleza (por ejemplo, de Plotino) nada tiene que ver con la teoría del arte. El hombre moderno tiende a sobreestimar las artes porque ha perdido el sentido de la belleza inteligible que tenía el neoplatonismo y la Edad Media”⁶.

De esta manera, la concepción medieval promueve una estética que sigue la línea neoplatónica, la cual desemboca en la muerte de todo aquello que es sensible en el hombre y se enfoca a buscar aquello que trasciende la realidad humana, es decir, el hombre experimenta un deseo por lo divino y siente la necesidad de ir hacia aquello que esta fuera del alcance de sus manos, de contemplar la suma belleza y plasmarla en su realidad, como una obra de arte, donde la inspiración es divina. En la producción de la obra de arte se hace patente la humanidad del hombre. Esto explica la búsqueda de lo estético en Agustín de Hipona, que conserva una “sensibilidad enfocada hacia la moral”⁷, en el sentido que se sustituye el placer sensible por un placer espiritual, el cual, desde la concepción medieval humaniza y no pierde al hombre en sus sentidos, sino que le permite descubrir lo divino en lo terreno.

Una de las formas en las que el ser humano busca este contacto con lo divino es a través de la música, la cual eleva el alma al nivel de lo inteligible, lo hace trascender y unirse con el Uno del cual nos habla Plotino, y que más tarde San Agustín expresará que es producto del orden mismo de la naturaleza. Es así que en la novedad de la patrística encontramos una nueva forma de experimentar el arte y la belleza, ya que todo está permeado de la presencia de Dios, como

⁶ ECO, Umberto. *Arte y belleza en la estética medieval*. p. 20.

⁷ BAYER, Raymond. *Historia de la estética*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 86.

fuerza inagotable para la inspiración humana, y que, en la composición musical, no es más que una forma de gratificarle al Dios creador su presencia en la humanidad, como un Dios providente y justo.

Dentro del cultivo de las artes, la música fue la que tomó más importancia en este periodo, ya que por la novedad del cristianismo y los problemas teológicos que comenzaron a surgir durante este periodo, se ve a la música como un medio de inspiración y revelación divina, lo que llevó a varios Padres de la Iglesia a ocuparse de este concepto, al realizar sus aportaciones con fines religiosos, y así entender la música como algo sublime, con la capacidad de elevar no solo la audición, sino también el corazón hacia Dios. Es por ello que, dentro de este periodo del pensamiento filosófico, la música tiene un fin trascendental que rebasa la idea del arte en su estructura material, sino de un arte con trasfondos inspiradores y reveladores, porque por sí mismo el artista no puede plasmar su obra, si antes no tiene la idea, y dicha idea procede de un ser que la ha puesto en nuestro intelecto para crearla. Por eso, dentro de la música encontramos grandes composiciones que reflejan este éxtasis de lo estético, de quienes buscan la belleza y en ella no solo encuentran lo que es grato a los sentidos, sino que descubren las huellas de la divinidad. Tal es el caso de “Eusebio de Cesarea, y siguiendo con Hilario, Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona, Basilio, Crisóstomo, y todos los grandes pastores de este periodo que nos han dejado comentarios a los salmos”⁸, como prueba que la composición artística no es fruto solo del ingenio del hombre, sino que hay inspiración divina, aquella que le es revelada al ser humano para plasmarla en su humanidad y así aspirar a ese deseo de lo infinito, es decir, a la trascendencia.

Otra característica que encontramos en este periodo es la de demostrar la bondad y la belleza de todas las cosas⁹, ya que “El lugar central que ocupa para

⁸ GARCIA, Galindo Ángel (editor). *La música en la iglesia de ayer a hoy*, Publicaciones de la Universidad pontificia de Salamanca, Estudios 15, Salamanca, 1991, p. 38.

⁹ YARZA, Ignacio. *Introducción a la estética*, Ed. Eunsa, Pamplona, 2004, p. 70.

los cristianos la búsqueda de este bien supremo por excelencia es Dios¹⁰ como una prueba fiel que se hace palpable en la naturaleza y en la expresión artística, como en el caso de la música, en la que él inquieta al corazón e incita a su alabanza. De esta manera, la música se convierte en parte importante de la estética medieval, como un recurso que nos adentra al misterio de la revelación y que nos ayuda a su comprensión sensible:

“La reacción estética ante el hecho musical se funda sobre un principio proporcional: es propio de la naturaleza humana enervarse ante los modos musicales contrarios y abandonarse a los más agradables. Se trata de un hecho documentado por toda la doctrina psicológica de la música: modos diferentes influyen de diferente manera sobre la psicología de los individuos y hay ritmos duros y ritmos moderados, ritmos adecuados para educar gallardamente a los muchachos y ritmos muelles y lascivos”¹¹.

Es por ello que la música no está aislada del hombre, ya que desde la antigua Grecia ya se reconocían sus efectos en el hombre, tanto que era incluida dentro de la formación de los ciudadanos de la antigua Grecia, como una forma de desarrollar en ellos la virtud y de apaciguar sus pasiones. Por otra parte, toda la tradición medieval recupera de raíz todo el planteamiento pitagórico, ya que el hombre medieval mira la música no solo como una invención, sino como perfección, tanto que posee proporciones, mismas que la hacen gozar de exactitud y belleza. Un vivo ejemplo es Boecio quien retoma toda la doctrina pitagórica para referirse a la música: “A través de la influencia de Boecio, Pitágoras se convertirá para la Edad Media en el primer inventor de la música”¹², demostrando así que en la época medieval es un retornar a la tradición antigua, asumiendo en este caso, la búsqueda de la belleza como un trascendental del ser, el cual, ahora se identifica con Dios, aquel que se revela e inspira al hombre a descubrirlo en la grandeza y perfección de su creación, misma que el hombre

¹⁰ GODINAS, Laurette. *Modelos del pensamiento medieval: Cristianismo, Platonismo y Aristotelismo*, en: GONZALEZ, Aurelio y MIAJA DE LA PEÑA, María Teresa (editores), *Introducción a la cultura medieval*, Medievalia 3, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de México, México DF., 2005, p. 19.

¹¹ ECO, Umberto. *Arte y belleza en la estética medieval*, p. 59.

¹² *Ibidem*. p. 57.

recrea en su genio artístico, creando canticos e himnos para alabar a quien es la belleza en sí misma, la armonía universal, Dios:

“La música y el canto es un ejercicio altamente gratificante para el ser humano; es, además, una fuerza capaz de conmover las zonas más íntimas de nuestro psiquismo; tiene capacidad para manifestar y dar cuerpo a toda la variada gama de nuestros sentimientos y deseos, pero es expresión privilegiada de la alegría y el amor”¹³.

Por esta razón, la música en la Edad Media adquiere un carácter privilegiado, ya que es el medio sensible a través del cual el hombre siente a Dios en lo más íntimo de su ser, como una prueba de que la inspiración en su quehacer artístico es una revelación de la auténtica belleza, y que se convierte en necesidad, ya que anhela lo divino, y tiene sed de ese encuentro con la divinidad, aquella que mediante la música nos hace reconocer nuestra sensibilidad ante la vida y muerte y nos da la esperanza de encontrarlo en la más suave y dulce melodía, que no necesariamente debe ser sonora, porque basta mirar la armonía y perfección del universo para poderlo sentir, como ejemplo de contemplar el bello misterio de la finita humanidad ante la infinitud de la armonía eterna, Dios.

Ahora bien, un personaje que conviene valorar su aportación a la teología medieval en el tenor de la música es Ambrosio de Milán, ya que considera el canto como forma eminente y sugestiva para provocar oración, sobre la convicción de que Dios se complace de ser alabado, ya que él mismo inspira a su alabanza, es decir, se revela al hombre para volcarlo en su misterio y así conducirlo a su propia trascendencia como signo de eternidad y de su reconciliación¹⁴. Por ello expresa:

“Moisés utiliza la canción poética sobre todo cuando dio testimonio de los cielos y de la tierra, por dos razones: porque, al oír el sonido de la belleza celestial, suscitó interés para el mundo, al escuchar el canto de la propia salvación y porque, gracias a la suavidad de aquel placer sagrado, echó

¹³ GARCIA, Galindo Ángel (editor). *La música en la iglesia de ayer a hoy*. p. 39.

¹⁴ Expl. Ps. 1, 5; *Comentario a los doce salmos/1*, pp. 40-41, en: BIFFI, Inos (Diretta da), *Fede, Poesia e canto del mistero di Cristo in Ambrogio, Agostino e Paolino di Aquileia*, Biblioteca di Cultura Medievale, EditorialeJaka Book SpA, Milano, 2003, p. 27.

raíces para siempre, en el ánimo del hombre, el guardar la ley: así el canto es propicio para la memoria”¹⁵.

De esta manera, para el obispo de Milán, la obra musical adquiere un gran valor y sentido, ya que a través de ella, el hombre se realiza y encuentra un medio sensible para unirse con lo sagrado, porque la música no solo revela el misterio de Dios y su suma belleza, sino que también es parte de la armonía del cosmos, como un prueba del orden y de que es Dios quien actúa en la creación, la mueve y la conduce hacia una realidad trascendental, imprimiendo en el hombre el anhelo de amar y alabar a Dios eternamente, con la música más bella y el canto armonioso.

A razón de esto, habla expresamente y sin dudar, sobre los salmos, ya que, al ser producto de la inspiración divina, revelan la manifestación de Dios y el deseo de encuentro que brota desde lo más íntimo del ser humano. Es por ello que, gracias al canto coral, se logra el recuerdo de los mismos en la memoria de los fieles para poder cantarlos, ya que es un solo coro terrestre, que se une para alabar la grandeza de Dios. De esta manera afirma:

“¿Qué cosa hay más bello que un salmo?. Los salmos son bendición del pueblo, alabanza a Dios, himno de alabanza del pueblo, aplauso general, palabra universal, voz de la Iglesia, canto de la profesión de fe, devoción plena, gozo de la liberación, grito de alegría, exultación de gozo [...], prenda de paz y de la concordia: como una cítara de sonidos diversos que expresan un solo canto”¹⁶.

San Ambrosio le atribuye al canto un valor muy especial, ya que, a través de la voz humana, se puede producir una armonía bella, aquella que es provocada en el corazón del hombre, que busca configurarse con la auténtica belleza y que mediante la voz en ritmo y forma adecuada puede elevarse al plano de lo espiritual:

¹⁵ *Ibidem*. p. 27.

¹⁶ Comentario de San Ambrosio al Salmo 1, en: *op.cit.* p. 32

“Por qué la voz canora, como dijera San Ambrosio o la pía música, como la llama San Agustín, manifiesta una iglesia que en el canto, como en la coral participación celebra el misterio de su salvación, declara su propia voluntad de rendir la vida, como el canto y profesa la esperanza de celebrar un día el canto eterno de la liturgia celeste”¹⁷.

Por otra parte, sin haber elaborado una teoría del canto hablando en términos propiamente musicales, propone que la Iglesia, sea una iglesia que cante, que exprese a Dios su sentir por medio de la voz, aquella que fue puesta en el ser humano para expresar la gratitud de la vida a Dios, y no solo ello, sino también para unirnos a los coros celestiales. Por consiguiente, el canto para San Ambrosio es de suma importancia en la acción litúrgica, porque no solo con la voz y la música se armoniza el rito, sino que ayuda a elevar el corazón hacia Dios, aquel quien es el maestro del coro y dirige nuestra vida.

Siguiendo este mismo tenor, otro personaje que dedica parte de su obra a este bello arte, es San Agustín, el cual él escribe un tratado hacia el año 387, en el periodo después de su bautismo y antes de la muerte de su madre. Es interesante que toda la estética que elabora Agustín a raíz de este concepto va encaminada hacia “La elevación del espíritu hacia la belleza trascendente”¹⁸, aquella que mediante las armonías más suaves y los ritmos más sublimes el hombre puede llegar hacia lo divino. En sí, para Agustín la música¹⁹ es entendida como *ritmo*, no tanto como sonoridad como en la actualidad se comprende, sino que parte de la métrica que llevan los versos o frases que en nuestro lenguaje utilizamos, reconociendo de esta manera la parte musical.

Ahora bien, si se toma en cuenta que el ritmo implica un tiempo, el cual es cuantificable, recurrimos indudablemente a la doctrina pitagórica, demostrando así que Agustín va a comprender la música como una proporción ordenada de

¹⁷ *op.cit.* p. 24.

¹⁸ AGUSTIN DE HIPONA, *De música*, introducción, p. 51.

¹⁹ El término técnico *Música* designaba en la antigüedad el ámbito de las tres artes del movimiento: la palabra, el canto, la danza.

números que llevan un tiempo preciso, mismo que ayuda a conocer la presencia y exactitud de Dios en el mundo material:

“Como de los números corporales y espirituales, pero mudables, se llega a los números inmutables, que están ya en la misma verdad inmutable, y de éste modo las cosas invisibles de Dios se hacen inteligibles por las cosas que han sido hechas visibles”²⁰.

Es por ello que el obispo de Hipona, identifica a Dios con el número perfecto, el cual es el núcleo de toda la armonía terrestre, lo que le permite manifestarse en la realidad, respondiendo así a las necesidades del hombre medieval, que busca encontrar en su realidad la presencia de Dios, como un signo visible y sensible de su presencia. De esta manera, Agustín sabe que en la música, o en el ritmo como él la identifica, está la presencia de Dios, quien da las proporciones adecuadas para que el hombre lo alabe y en ella encuentre un medio que lo lleve hacia la trascendencia. Por esta razón, Agustín se da a la tarea de definir lo que es la música, afirmando que la “Música es la ciencia del modular bien”²¹, es decir, aquella que regula las armonías que se producen a través del canto o en el lenguaje, dándoles exactitud y consistencia, reconociendo su orden exacto, mismo que lo identifica con Dios, como prueba de que incita mueve los afectos del hombre y lo dirige hacia una continua alabanza. Por ello, la música, así como es entendida por San Agustín implica una perfección, porque no solo mide la métrica de los versos, sino que es un arte perfectamente ordenado, donde la causa del orden no es producto humano, sino que la música en sí misma la posee por ser inspirada de lo divino:

“La música es el arte del movimiento ordenado. Y se puede decir que tiene movimiento ordenado todo aquello que se mueve armoniosamente, guardadas las proporciones de los tiempos e intervalos, ya en efecto deleita, y por esta razón se puede denominar ya modulación sin inconveniente alguno”²².

²⁰ AGUSTIN DE HIPONA, *De música*, Testimonio de Agustín en el Libro de las Revisiones I, 11. En San Agustín, obras completas XXXIX, Escritos varios (1), B.A.C, Madrid, 1988, p. 65.

²¹ AGUSTIN DE HIPONA, *De música*, Libro I, 2, 2. p. 73.

²² AGUSTIN DE HIPONA, *De música*, Libro I, 3, 4. p. 78.

Además, advierte que a pesar de que la música en sí misma es armoniosa, también depende del artista que esa armonía sea deleitable, ya que puede emplearla de manera que lejos de apreciar su bella armonía y composición, solo cause desagrado por la mala modulación que ha hecho de esa armonía:

“Si alguien que canta con voz dulcísima y danza con gracia quiere con ello causar diversión, cuando la situación reclama seriedad, no emplea bien, por cierto, la modulación armoniosa; es decir, puede afirmarse que tal artista emplea mal, ósea, inconvenientemente, ese movimiento, que es ya bueno por el hecho de que es armonioso. De ahí que una cosa es modular; otra, modular bien”²³.

De ahí que no todo lo que posea ritmo puede ser considerado como música, ya que, para Agustín, la música la comprende como “*el arte del modular bien*”, es decir, guardar con prudencia los intervalos de los tiempos y sus proporciones, de tal modo, que provoquen en los oyentes un deleite al percibirla, como prueba del orden armonioso de las cosas, viva imagen y manifestación constante del Dios providente, que en el orden radica su belleza, aquella que es inigualable y es digna de admiración.

Aunado a esto, un personaje femenino que fue novedad para el momento histórico-cultural en la que estaba inmersa fue Hildegarda Von Bingen. La música para ella, al poseer un carácter místico y espiritual, recuerda que el canto y la música humanos en armonía con los coros angélicos se originaron en el paraíso y que en la voz de Adán “Estaba toda la suavidad del sonido de la armonía y de todo el arte de la música antes de que la perdiera”²⁴. De esta manera afirma que, antes de que Adán conociera el pecado, Adán tenía una voz como la de los ángeles y con ella se sumaba a la compañía de las voces angélicas. Por consiguiente, es que la música ha acompañado al hombre desde el inicio de su existencia, con la única finalidad de alabar a Dios junto con todo el cosmos, como la más bella obra artística que Dios ha creado, aquella que ha revelado a los

²³ AGUSTIN DE HIPONA, *De música*, Libro I, 3, 4. Y I, 4, 5. pp. 78-79.

²⁴ *Ibidem*. p. 22

hombres y los mueve a su búsqueda y encuentro. Por otra parte, Hildegarda reconoce la relación entre el alma, el cuerpo, la armonía y sobre todo la voz, ya que en ellas encuentra un fundamento teológico, el cual se expone en la carta a los preladados de Maguncia:

“Del mismo modo que el cuerpo de Jesucristo nació por el espíritu Santo de la pureza de la Virgen María, así también el cantico de la alabanza a Dios según la armonía celeste tiene sus raíces en la Iglesia por el Espíritu Santo. El cuerpo es el vestido del alma que tiene la voz viva. Por eso es justo que el cuerpo cante con el alma a través de la voz las alabanzas de Dios”²⁵.

Para esta mística, la música vocal es muy importante, porque la concibe como “natural” y no como un producto meramente imitativo, como lo hacen los artistas. Es por esta razón, que la música en Hildegarda adquiere un sentido totalmente espiritual, como producto del encuentro íntimo con Dios, donde el cuerpo realmente es el instrumento que se ejecuta para emitir la armonía que ha sido revelada y que no es producto de la imaginación como en el caso de la música “artificial” como le nombra, ya que ésta “Se logra mediante el ingenio y el talento humanos, y existe en algunos instrumentos”²⁶, de esta manera, aunque puede ser bella, no expresa la belleza en su totalidad, ya que la belleza anonada, vislumbra y conmueve el alma, como lo es en el caso de la música natural “No se hace con instrumentos ni al contacto de los dedos ni por instigación del hombre; está modulada por la sola naturaleza mediante la inspiración divina”²⁷, y ésta la que existe en los cielos y la tierra, es especial, en la voz humana: “La música vocal es , pues, al mismo tiempo, natural e inspirada”²⁸.

De esta manera, patenta el hecho de que el hombre no es más que un instrumento a través del cual la divinidad se revela, con la finalidad de que el hombre lo conozca y le sienta en su vivir cotidiano. Por ello, el medio que utiliza

²⁵ CIRLOT, V. *Vida y visiones de Hildegarda von Bingen*, Ed. Siruela, Madrid, 2001, p. 300.

²⁶ DE BINGEN, Hildegarda. *Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales*. p. 23.

²⁷ *Ibidem*. p. 23.

²⁸ *Ibidem*. p. 23.

Hildegarda como lo es la música la conduce a este encuentro sublime y bello con Dios, realidad que la música pagana no puede evocar, porque, aunque por ser arte posee belleza, no puede despertar en el hombre ese deseo de unirse a Dios, sino que, al contrario, incita en él sus pasiones y lo orilla a un estado de desenfreno. Es así que el carácter musical de Hildegarda, en cada una de sus obras no lleva más que a contemplar en lo misterio de lo divino, abordando diversos problemas teológicos, demostrado que la música sirve como un medio sensible para llegar al conocimiento de Dios, aquel que se revela y nos evoca a la trascendencia.

Finalmente, la expresión musical como un acontecimiento teológico, vamos a ubicarlo en desde la Sagrada Escritura después del paso del Mar Rojo. En ese momento, Israel ha sido definitivamente liberado de la esclavitud, ha experimentado de forma imponente el poder salvador de Dios en una situación desesperada. Al igual que Moisés de niño fue salvado de las aguas del Nilo y, por esto mismo, podemos decir que fue devuelto a la vida, también Israel se siente, en cierto modo, salvado del agua, libre, devuelto a sí mismo por la mano poderosa de Dios. La reacción del pueblo ante el acontecimiento fundamental de la salvación se describe en el relato bíblico con la siguiente expresión: *“Creyeron en Yahveh y en Moisés, su siervo”* (Ex 14,31). Pero le sigue otra reacción que se añade a la primera con una naturalidad desbordante: *“Entonces Moisés y los israelitas cantaron este cántico a Yahveh”*(15,1). En la celebración de la noche de Pascua los cristianos, año tras año, unen su voz a este cántico, lo cantan de nuevo como cántico propio, porque también ellos se “saben salvados del agua” por el poder de Dios, se saben liberados por Dios para la vida verdadera.

El Apocalipsis de San Juan abre un poco más el abanico. Después de que los últimos enemigos de Dios han subido al escenario de la historia y cuando a la vista de tal superioridad, todo parece perdido para el santo Israel de Dios, el vidente recibe la visión del vencedor: *“Estaban de pie junto al mar de cristal, llevando las cítaras de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el*

cántico del Cordero” (Ap 15,2.3). La paradoja de entonces se hace aún más inmensa: no vencen las gigantescas bestias feroces, con su poder mediático y su capacidad técnica; vence el Cordero degollado. Y así vuelve a sonar, una vez más, y de forma ya definitiva, *el cántico del siervo de Dios*, Moisés, que ahora se convierte en el cántico del Cordero.

El canto litúrgico se sitúa en el marco de esta gran tensión. Es por ello que para Israel el acontecimiento de salvación que tuvo lugar con el paso del Mar Rojo, quedaría siempre como fundamento de la alabanza a Dios, el tema principal de los cánticos dirigidos a Dios. Para los cristianos el verdadero Éxodo es la resurrección de Cristo, que había atravesado el «Mar Rojo» de la muerte, que había descendido al mundo de las tinieblas, y había abierto las puertas del abismo. Ése era el verdadero Éxodo, que se convertía en nueva presencia a través del bautismo: el bautismo es vivir, al mismo tiempo que Cristo, su descenso a los infiernos y su ascensión, y ser acogidos, por medio de él, a la comunión de la vida nueva.

No olvidemos el gran valor de los Salmos, que se ubican en el corazón del organon bíblico, en su poesía hecha oración se nos muestra la diversidad de experiencias que se convirtieron en plegaria y cántico ante Dios. Aflicción, lamento, también acusación, temor, esperanza, confianza, agradecimiento, alegría, toda la vida, tal y como se desarrolla, queda reflejada en el diálogo con Dios. Lo que llama la atención es que incluso el lamento en una situación de-desesperada, casi siempre acaba, por así decirlo, con una palabra de confianza, con una anticipación de la acción salvífica de Dios. Por eso, todos estos «nuevos himnos» podrían definirse, en cierto sentido, como variaciones del cántico de Moisés.

Por un lado, el cántico dirigido a Dios se eleva por encima de esa situación desesperada de la que no nos puede salvar ningún poder de este mundo; de modo que sólo queda Dios como refugio. Pero, al mismo tiempo, ese cántico

procede de la confianza que, incluso en la oscuridad más extrema, sabe, a ciencia cierta, que el acontecimiento del Mar Rojo es una promesa que tiene la última palabra, tanto en la vida como en la historia. Es importante tener en cuenta que, aunque los salmos, con frecuencia, nacen de experiencias personales de sufrimiento y de acogida, siempre acaban desembocando en la oración común de Israel y, de igual modo, se alimentan del fundamento común de las obras que Dios ha llevado a cabo, por lo tanto, la música como una experiencia general nos evoca a la realidad de lo divino, y especialmente, el corazón de esta mística lo apreciamos profundamente en el periodo medieval, donde la búsqueda por lo divino tiene mayor resonancia en la interioridad del hombre, con esto abriendo paso a una teología no solo de la experiencia estética del arte, sino de la música como un medio inspirador, revelado y trascendente que proviene de Dios y a él nos conduce.

“Hay una profunda parentela entre la música y la esperanza, entre el canto y la vida eterna: no en vano la tradición cristiana muestra los espíritus beatos mientras cantan en coro, tomados y extasiados de la belleza de Dios. El arte auténtico, como la oración, no nos aleja de la realidad de cada día, sino que nos devuelve a ella para ‘regarla’ y hacerla germinar para que dé frutos de bien y de paz”

Benedicto XVI